

**CAMINOS INTERFERIDOS:
DE LO POLÍTICO A LO CULTURAL**
REFLEXIONES SOBRE LA IDENTIDAD NACIONAL

Bernardo Subercaseaux

Tras un examen de distintas posturas y concepciones de 'identidad' y 'nación', Bernardo Subercaseaux propone un discurso sobre identidad nacional del que se colige que ésta, en Chile, ha sido históricamente un subproducto de la política y de la práctica social. En comparación con otros países del continente, Chile presentaría un déficit de espesor cultural de carácter étnico y demográfico. A partir de una reflexión sobre ese déficit, el autor sugiere aquí un camino para desentramar las interferencias y vitalizar la identidad nacional.

BERNARDO SUBERCASEAUX. Profesor titular y Vicedecano de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. Autor, entre otros, de los siguientes libros: *Historia, literatura y sociedad* (1991); *Historia del libro en Chile* (1993); *Chile, ¿un país moderno?* (1996); *Historia de las ideas y de la cultura en Chile* (1997) y *Genealogía de la vanguardia en Chile* (1998).

La discusión sobre identidad

Hay quienes distinguen el concepto de identidad nacional del concepto de identidad cultural. Nosotros, empero, los usaremos —tratándose en este caso del ámbito país— indistintamente, pues ellos coinciden, como veremos más adelante, con la ambigüedad que conlleva el concepto de nación. ¿Qué se entiende por identidad cultural? La visión más tradicional concibe a la identidad cultural de un país —o a la identidad nacional— como un conjunto de rasgos más o menos fijos, vinculados a cierta territorialidad, a la sangre y al origen, como una esencia más bien inmutable constituida en un pasado remoto, pero operante aún y para siempre. Se habla de una identidad cultural estable para diferenciarla de procesos identitarios transitorios o inestables, o de microidentidades (barrio, club deportivo, edad, etc.), también se habla de identidades sociales como la de determinado sector o clase y de identidades individuales, como la de género.

En la visión tradicional subyace una concepción esencialista en que el concepto de identidad tiene similitudes con el concepto de carácter, pero referido no a un individuo sino a un pueblo. En psiquiatría o psicología cuando se habla del carácter de una persona determinada, se habla de estructura de personalidad, de aquellos rasgos que son una constante y que no cambian. Si un individuo tiene un carácter compulsivamente perfeccionista o melancólico, puede morigerar esas tendencias, pero ellas no desaparecerán, pues se trata de la base de su personalidad, una especie de código genético. Llevada a un extremo, esta visión más tradicional tiende a sustancializar la identidad, percibiendo negativamente toda alteración de la misma. La identidad implicaría siempre continuidad y preservación de ciertos rasgos acrisolados en el pasado; se vería, por ende, continuamente amenazada por aquello que implica ruptura, pérdida de raíces, vale decir, por el cambio y la modernidad. Tras esta perspectiva subyace una visión de la cultura como un universo autónomo, con coherencia interna, como un sistema cerrado que se sustrae de la historicidad.

Aunque con distintos grados de moderación y sin caer en el extremo fundamentalista que hemos señalado, es esta visión más tradicional y estática la que ha primado en el sentido común y en la reflexión sobre identidad tanto en Chile como en América Latina. Ella está detrás cuando nos preguntamos, por ejemplo, por el ser chileno, o por la identidad del mexicano, o por el carácter argentino, preguntas que suponen la existencia de un paquete de rasgos fijos e inalterables, de una matriz única que implica necesariamente un nivel de abstracción, puesto que desatiende la heteroge-

neidad en los modos de ser y las múltiples y variadas expresiones de la vida social y cultural que se encuentran en un país.

En una versión distinta de esta postura, la identidad nacional se define no como una esencia inmutable, sino como un proceso histórico permanente de construcción y reconstrucción de la comunidad imaginada que es la nación; las alteraciones ocurridas en sus elementos no implican entonces necesariamente que la identidad nacional o colectiva se haya perdido, sino más bien que ha cambiado. Las diferencias culturales no obedecerían por ende a esencias culturales inmóviles, sino a accidentes de ubicación e historia. Nada habría en las diferentes culturas humanas que sea o haya sido exclusiva u ontológicamente 'propio'. Potencialmente, entonces —en la medida que no se puede fijar una demarcación irreductible entre 'lo propio' y lo 'ajeno'— cada cultura es todas las culturas. Con esta perspectiva el concepto de identidad pierde su lastre ontológico y finito, convirtiéndose en una categoría en movimiento, en una dialéctica continua de la tradición y la novedad, de la coherencia y la dispersión, de lo propio y lo ajeno, de lo que se ha sido y de lo que puede ser.

La concepción esencialista de identidad es, sin embargo, la que subyace, por lo general, en los discursos identitarios tradicionales de nuestra historiografía, como aquel que señala a la homogeneidad como uno de los rasgos propios de la identidad nacional chilena. En un libro escrito a propósito del centenario de la Independencia, en que se compara a nuestro país con otras naciones del continente, el autor, Germán Márquez, escribe "los chilenos forman una raza perfectamente homogénea y tanto en la alta sociedad como en el bajo pueblo predomina, físicamente hablando, un tipo definido. (...) El carácter nacional —dice— es también uno solo", de modo que puede afirmarse "que las fronteras que separan las desigualdades de raza no existen entre nosotros (...), la naturaleza —concluye el autor— no ha tenido caprichos al formar a la familia chilena, pues ni siquiera ha establecido entre ella diferencia de idiomas (...) aparte de 50.000 araucanos (...), residuo tristísimo de una población grande y fuerte (...), todos los habitantes hablan una sola lengua, el castellano"¹. Germán Márquez, como otros autores que reflexionan en esta misma línea, piensa que la homogeneidad existe realmente, que está allí afuera, que el nacionalismo etnolingüístico blanco tiene una base empírica en la historia y en la demografía del país. Vale decir, para este tipo de postura, la identidad de la nación es prediscursiva, está allí como lo está una sustancia o una piedra. Se trata, por supuesto, de una apelación identitaria de uso ideológico, en la medida

¹ Germán Márquez, *Libro internacional sudamericano* (1915).

que tal homogeneidad oculta relaciones de dominación y exclusión. Cabe señalar, en todo caso, que así como en otros países de América Latina hay una cultura de la pluralidad cultural, en Chile, desde el siglo XIX, se vislumbra en torno a esta ideología identitaria una cultura de la homogeneidad cultural.

Frente a este manejo y enfoque más tradicional del concepto de identidad, está el punto de vista de quienes conciben a las identidades culturales o a la identidad nacional como algo carente de sustancia, como identidades meramente imaginarias o discursivas, como objetos creados por la manera en que la gente, y sobre todo los intelectuales y los historiadores, hablan de ellos. La identidad desde esta perspectiva no es un objeto que exista independientemente de lo que de él se diga. Para los autores que sostienen esta postura de tinte posmoderno², la identidad es una construcción lingüístico-intelectual que adquiere la forma de un relato, en el cual se establecen acontecimientos fundadores, casi siempre referidos a la apropiación de un territorio por un pueblo o a la independencia lograda frente a los invasores o extraños. Los libros escolares, los museos, los rituales cívico-militares y los discursos políticos son los dispositivos con que se formula la identidad de cada nación y se consagra su retórica narrativa. La identidad nacional desde esta perspectiva siempre tendrá la estructura de un relato y podrá ser escenificada o narrada como una epopeya, como una pérdida o tragedia, como una crisis o como una evolución y proyecto.

Desde la perspectiva anterior, la nación, más que una comunidad histórico-política o un dato geográfico, sería una comunidad imaginada, una elaboración simbólica e intelectual, que se constituiría en torno a la interpretación del sentido de la historia de cada país. Se trata de una postura que en su grado extremo disuelve la identidad y elimina el referente, aproximándose a la fina ironía de Borges cuando en una oportunidad señaló que ser argentino —o para el caso ser chileno, mexicano, brasileño— es sobre todo un acto de fe.

Frente a estas posturas que diluyen la cuestión de la identidad en discurso o creencias, otro sector de autores, herederos en cierta medida de la visión más tradicional, sostiene que la identidad nacional no es solamente discursiva o imaginaria, sino que es más bien prediscursiva o extradiscursiva. La conciben, por ende, como una mezcla de tradiciones, lenguas, costumbres, circunstancias históricas compartidas, en fin, todo aquello que conforma los modos de ser o el carácter de un pueblo, y que constituye una realidad operante más allá o más acá del discurso, una realidad a la que tenemos acceso vivencial o fenomenológico cada vez que estamos entre

² José Joaquín Brunner, *Cartografías de la modernidad* (1995).

argentinos, chilenos, brasileños, norteamericanos, mapuches, etc. Dentro de esta línea hay también (y a ella nos sumamos nosotros) una concepción de identidad que admite los dos componentes: la mediación imaginaria y discursiva, pero además la dimensión extradiscursiva, vale decir, un referente que puede ser constatado y perfilado empírica e históricamente. Dentro de esta línea de pensamiento, la nación, junto con ser un dato geográfico y una territorialización histórico-política del poder, es a su vez un constructo intelectual y simbólico. La nación, por lo tanto, sería, al mismo tiempo, una realidad constatable que existe y ha existido independientemente de la subjetividad, y una comunidad imaginada o relatada, vale decir, un constructo intelectual y simbólico. Sólo asumiendo esta doble perspectiva puede explicarse la historicidad de la identidad nacional en América Latina, la conexión y los vasos comunicantes que se dan entre algunos de los principales hitos de la historia chilena o latinoamericana (por ejemplo, la emancipación y la construcción de la nación en el siglo XIX), con el clima intelectual imperante en cada momento y con las concepciones de identidad o la construcción de discursos identitarios de esa misma época.

Finalmente se da también una concepción más relacional de identidad. Según esta perspectiva el 'nosotros' siempre surge de la delimitación de un 'ellos'. La identidad lejana e insular de Chile, por ejemplo, responde a la visión de un 'otro' europeo. En la medida que la constitución de una identidad depende de una alteridad ausente, necesariamente se remite a esa alteridad y está contaminada por ella³.

En síntesis, el aporte fundamental de la discusión sobre identidad en las últimas décadas apunta a la desustancialización del concepto, por una parte, desde el campo de su historicidad y, por otra, desde la teoría cultural posmoderna. Desde esta última con dos variantes: una que llamaríamos 'light' que convierte a la identidad en pura discursividad, y otra que aguza la mirada hacia la diferencia, la alteridad y lo heterogéneo, construyendo en consecuencia un concepto relacional de identidad, que privilegia las identidades construidas en el descentramiento de la cultura y en su desterritorialización, las identidades que trasuntan un mundo crecientemente internacionalizado en que la cultura no reconoce ejes unificadores a nivel de la nación, sino yuxtaposiciones, culturas diversas e hibridajes. Esta última postura, sin embargo, deja abierta la pregunta por aquello que le confiere coherencia a la identidad nacional en tanto espacio en que se articulan las diferencias.

³ Chantal Mouffe, "Por una política de identidad nómada" (1996).

Dos matrices en la concepción de lo nacional

¿Qué se entiende por nación? Cabe señalar en primer lugar que la nación es una construcción política de la modernidad. No siempre existieron naciones, de hecho hasta por lo menos el siglo XVII predominaron otras formas de organización política o de territorialización del poder, como por ejemplo los imperios o las ciudades mercantiles. La nación, o más bien la forma Estado-nación como realidad o como ideal político-institucional, se instala en el mundo a partir de la Ilustración y la Revolución francesa. La idea de que la humanidad está naturalmente dividida en naciones, de que hay determinados criterios para identificar una nación y reconocer a sus miembros, la idea de que cada nación tiene derecho a un gobierno independiente y soberano, y de que los Estados son legítimos en la medida que responden a estos parámetros, es una idea moderna. La nación, históricamente, por lo tanto, es una comunidad política de la modernidad.

En el ámbito de la Ilustración, la nación aparece definida políticamente. La idea de contrato social (que constituye una de las bases filosófico-políticas de la democracia), la idea de la nación como una unión de individuos gobernados por una ley y representados por una asamblea de la que emerge la ley (base de la distinción entre los poderes ejecutivo, legislativo y jurídico) son ideas todas que implican una definición político-institucional de la nación. En esta perspectiva, el concepto de nación implica al Estado y también una base territorial. A partir de esta definición política de la nación se generaliza la forma Estado-nación como forma jurídica, como territorialización del poder, como discurso ideológico de integración, como parámetro para la organización de la educación y de la cultura. Es dentro de este marco, a comienzos del siglo XIX, que Chile emerge como nación, y rompe con esa forma arcaica de organización del poder que fue el Imperio.

A partir de este marco, se desarrolla también, durante el siglo XIX, la construcción de la nación, en que el Estado junto con la elite desempeñan un rol fundamental en el proceso de nacionalización o chilenización de la sociedad: difunden e imponen a través de la escuela, la prensa y otros mecanismos un 'nosotros', un sentido de pertenencia, una suerte de etnicidad no natural, una especie de segunda naturaleza centrada en la idea de ser *ciudadanos de Chile*, una idea que desatiende los particularismos étnicos, visualizándolos incluso como una amenaza que atenta contra la construcción de una nación de ciudadanos.

La concepción de la nación que hemos reseñado, concepción que conlleva una definición política de la misma, y que es indudablemente

de cuño francés, va a ser, sin embargo, modificada por el romanticismo europeo, particularmente alemán, con ideas que van a significar un viraje en la concepción y uso del concepto de nación y, lo que es más importante, en la delimitación de lo nacional⁴. En efecto, en la tradición romántica alemana se gesta una concepción cultural de la nación casi en antagonismo con la concepción exclusivamente política de la misma. En esta concepción la nación pasa a ser definida por sus componentes no racionales ni políticos, sino por el lenguaje, por las costumbres, por los modos de ser, por su dimensión simbólica, por la cultura. Contra la universalidad ilustrada y abstracta, el romanticismo alemán rescata los particularismos culturales, la individualidad y el sentimiento, lo singular e infraintelectual. Dentro de esta concepción de nación, el nacionalismo se convierte en un rescate de aquello que es más particular de un pueblo: la lengua, las costumbres, las tradiciones, los modos de ser, los refranes, etc. En esta perspectiva, la base de la nación pasa a ser no tanto una frontera geográfica y política, sino un hecho espiritual: la nación es antes que nada alma, espíritu, sentimiento, y lo secundario es la geografía o la materia corpórea.

Se perfilan así dos énfasis en la concepción de la nación, énfasis que tienen aspectos contradictorios. De estas contradicciones derivan en nuestro medio algunas tesis historiográficas diferentes. Mario Góngora, por ejemplo, sostiene una tesis que se inclina por el predominio en Chile de la primera opción, por la idea de que la nacionalidad chilena ha sido una construcción desde arriba, una creación desde el Estado. A diferencia de la realidad europea, donde las naciones y los sentimientos nacionales fueron, en general, anteriores a su constitución como Estados; o bien en casos como México o Perú, donde tanto las culturas precolombinas como la colonización española dejaron una fuerte impronta de identidad que impregnó culturalmente a las nuevas repúblicas; en el caso chileno el surgimiento de la nacionalidad habría sido una creación político-institucional realizada luego de la guerra de la Independencia, en ruptura con un pasado colonial cuyo legado tuvo menos peso que en otros países y en rechazo a las culturas indígenas locales. Una tesis distinta ha sostenido recientemente Alfredo Jocelyn-Holt, para quien no ha sido el Estado sino la sociedad civil y la elite los artífices de la nacionalidad chilena. No es casual, a fin de cuentas, que existan tesis diferentes sobre la construcción de la nación, ello implica énfasis distintos en el concepto de nación que se utilice. En la historiografía chilena algunos autores, en la tradición francesa, siguen la definición eminentemente política de lo nacional, y otros, la definición cultural de la nación, en la tradición de los románticos alemanes.

⁴ Véase Federico Chabod, *La idea de nación* (1978).

Construcción de la identidad nacional: Un discurso posible

¿Cómo se ha construido nuestra identidad nacional en el tiempo, vale decir, históricamente? (Intentaremos construir un discurso más o menos coherente sobre este asunto.)

a) Cabe señalar, en primer lugar, que mirando a la Colonia desde hoy día se advierte una suerte de protonacionalismo, perceptible en la vivencia de ciertas particularidades de un pueblo que implican una intuición de la nación o un sentido de nación antes de que ésta existiera política e históricamente. El ejemplo más destacado lo encontramos en *La Araucana*, de Alonso de Ercilla. Como se sabe, Ercilla estuvo apenas un año y medio en Chile, pero su poema épico publicado en pleno siglo XVI ya nos intuye como nación y nos nombra, fijando ciertos rasgos que se mantienen hasta hoy en nuestro imaginario colectivo: una nación remota, una angosta faja que se extiende desde los límites con el Perú hasta la Antártida, flanqueada por el macizo andino y por el Pacífico. Una nación aislada e insular. Se trata de una epopeya que canta a dos razas, y nos entrega también una mitología retrospectiva de origen, atribuyendo el principio a un pueblo guerrero e indomable, cuyos héroes se proyectan en calles y camisetas de fútbol. Es en esta perspectiva que *La Araucana*, poema épico español que cantaba al Imperio de Felipe II, fue leída por Andrés Bello en el siglo XIX como un poema de fundación nacional, equiparándola al *Cantar de Mio Cid* para los españoles o a *La chanson de Rolland* para los franceses. "Inventor de Chile", llamó Pablo Neruda a Ercilla. La nación, en esta perspectiva, es algo que preexiste pero que no se construye históricamente.

Otro momento de prenatalismo se encuentra en algunas instancias de la sociedad criolla del siglo XVIII, que, influida por las reformas borbónicas y por cierto desarrollo comercial, va a acentuar su autoconciencia de ser una realidad diferente a la peninsular, percibiendo ciertas contradicciones con el sistema de administración virreinal y colonial.

b) Un segundo momento de construcción de nuestra identidad nacional, y sin duda el más importante, lo constituye la guerra de emancipación colonial y la Independencia. A partir de allí se desatan múltiples procesos de autoconciencia nacional, en que juega un rol fundamental la elite ilustrada, elite que constituía un pequeño porcentaje de una población total que en 1810 no superaba los 900.000 habitantes. Las primeras décadas de nación independiente son pléticas de este *pathos* fundacional: se trata de crear un Estado, un ejército, una historia, una lengua, una literatura, un sistema de jurisprudencia, una prensa, etc. Se empieza a desarrollar así un

proceso de nacionalización de la sociedad emprendido por la elite y el Estado, un proceso en que hay dos posturas en permanente contienda: por una parte, un liberalismo más republicano y jacobino, representado por algunos pensadores imbuidos de enciclopedismo europeo como Camilo Henríquez y Manuel de Salas; y también, en la década del veinte, por líderes pipiolos y hacia 1840 por intelectuales como Lastarria. Por otro lado, encontramos una postura posibilista y organicista, representada por Portales y Bello, para quienes lo chileno no puede tener existencia como valor o como idea antes de tenerlo como realidad.

Se trata de una contienda que se da en toda América Latina. Es la lucha entre los hombres montados a caballo en libros y los hombres montados a caballo en la realidad. Para los primeros, la construcción de Chile implicaba necesariamente la negación del pasado colonial en todos los planos, incluido el de los residuos de ese pasado en la conciencia criolla. Para los segundos, en cambio, la construcción del país no podía hacerse sin tener en cuenta el 'peso de la noche'. Estirando la cuerda puede señalarse que desde entonces surgen dos líneas de pensamiento y adoctrinamiento nacionalista: una democrática y otra más bien autoritaria. La guerra contra la Confederación o el gobierno de Bulnes representan momentos de apaciguamiento de esta contienda y de cierto consenso en la imagen y en la construcción de la nación.

c) El proceso de construcción de la nación se prolonga por todo el siglo XIX, y la elite ilustrada continúa desempeñando un rol de primera importancia en él. Ahora bien, este proceso de construcción de la nación no se realiza desde el vacío, o desde una tabla rasa, sino desde un ideario republicano y liberal que termina imponiéndose en todo el espectro político, incluso entre los conservadores. Se trata de un ideario que a lo largo del siglo XIX se canaliza con extraordinaria vehemencia a través de diarios, revistas, obras históricas, tratados de jurisprudencia, discursos políticos, leyes, agrupaciones sociales, clubes de reformas, partidos políticos, logias masónicas, instituciones educativas, novelas, piezas de teatro, expresiones gráficas y hasta modas y actitudes vitales. También el proceso de inmigración y colonización del sur del país. Con sus agentes y circuitos, todo este conjunto es lo que llamamos cultura republicana de cuño liberal.

La paulatina hegemonía que esta constelación ejerce —para bien o para mal— sobre la sociedad chilena, y la tensión con la visión ultramontana y conservadora (que siempre fue más orgánicamente culturalista), dominan casi todo el espacio intelectual del siglo XIX. Es en este espacio, con sus consensos y disensos, que se va construyendo la identidad nacional. Se trata de una construcción de corte marcadamente político, el objetivo es

construir un país de ciudadanos, un país civilizado y de progreso, un país en que van quedando sumergidos y sin presencia sectores que no armonizan con esa utopía republicana: como por ejemplo la cultura y la religiosidad popular o el mundo de las etnias, sobre todo de la más numerosa, los mapuches.

Es dentro de esta modalidad de construcción de nuestra identidad nacional, de corte marcadamente ideológico-político, que se va a patentizar una de nuestras marcas más persistentes: un déficit de espesor cultural.

d) En las últimas décadas del siglo diecinueve adquiere visibilidad la presencia e incorporación creciente de sectores medios y populares a la vida política, social y cultural del país. La guerra del Pacífico, en 1879, se convierte en un hito en la construcción de la identidad en la línea de lo nacional-popular, un hito en la ampliación de la base social de la identidad. Se ensalza al roto chileno que pasa a ser en el imaginario colectivo una figura emblemática de esta nueva etapa de construcción de la identidad nacional. En 1900 el país llega a 3.000.000 de habitantes. La expansión de la educación, bajo el modelo del Estado Docente, juega un rol fundamental en la expansión de la identidad nacional, identidad que también se ve estimulada por constantes problemas limítrofes con los países vecinos. Alrededor de 1910, los ensayistas del centenario, Nicolás Palacios, Tancredo Pinochet y Francisco Antonio Encina, entre otros, enfrentados al afrancesamiento exagerado de las costumbres y a un deterioro moral de la elite, consignan un estado de ánimo pusilánime, que está —decían— corroyendo el espíritu, rebajando la voluntad de ser y adormeciendo el alma del país. Frente a este estado de cosas, y animados por una nostalgia culturalista por lo propio, promueven en sus ensayos la figura del roto como síntesis mestiza de la raza chilena y elaboran un pensamiento sensible a los problemas sociales, proteccionista en lo económico, favorable al espíritu de empresa y a una enseñanza más ligada a la industria y a la vida práctica que a las letras.

En 1920, con la elección de Arturo Alessandri Palma, el Estado amplía sus bases de reclutamiento a los distintos sectores sociales, el Frente Popular de 1938 continúa este proceso de ampliación y lo productiviza en el plano político. En este contexto se reformula el papel del Estado, como un organismo que debe abrir cauces no sólo al desarrollo económico (con la creación de la CORFO) sino también al desarrollo cultural, transformándose en una especie de garante (con la Universidad de Chile a la cabeza) de la difusión y experimentación cultural.

Hasta aquí esta trayectoria de alguna manera sienta las bases, en términos de construcción de la identidad nacional, para el Chile contemporáneo, previo a la globalización.

En los últimos 10 o 15 años, y en la llamada 'globalización', se detectan en el país algunas nuevas apelaciones identitarias. Entre ellas la ciudadanía como consumidor, aquella que se afirma en los *malls* y en el consumo compulsivo. También se advierte una identidad chilena que tiene mucho eco en la prensa y bastante aceptación en círculos políticos y empresariales (incluso en el extranjero). Se basa en la figura del empresario exitoso, en los mercados libres y en los accesos a los bienes de consumo. Se trata de un proyecto de modernización que concibe a Chile como una empresa de gran éxito, un ejemplo diferente al resto de América Latina, cuyo representante típico es el empresario joven y audaz que se está comprando el continente, un proyecto en el cual se supone también pueden participar el resto de los chilenos gracias a la 'teoría del chorreo' y mediante el consumo internacionalizado (aunque sea con tarjetas de crédito)⁵.

Se puede colegir de este itinerario que la construcción de la identidad nacional ha sido en Chile en gran medida un subproducto de la política, de la práctica social e incluso del proceso de modernización, y que en comparación con otros países de América Latina la dimensión étnica, demográfica y cultural ha tenido relativamente poca o nula incidencia en este proceso.

Déficit de espesor cultural: Una pluralidad interferida

El déficit de espesor cultural de base étnica o demográfica en la construcción de identidad nacional es un factor importante en el momento de preguntarnos por un posible proyecto de identidad nacional que concite la suficiente adhesión y legitimidad. En el recorrido realizado se hace patente la pobreza de aportes culturales de origen étnico o demográfico a la identidad nacional, situación que, como señalábamos, se traduce en un déficit de espesor cultural en comparación con otros países del continente. Alguien podría argumentar, para contrarrestar nuestro punto de vista, que ahí están los mapuches como aporte cultural de origen étnico a nuestra identidad, y que incluso desde *La Araucana* los mapuches forman parte, simbólicamente, de la nación chilena. Se trata de un contraargumento que precisamente nos permite reafirmar nuestro punto de vista.

Los mapuches, como se sabe, constituyen un porcentaje no despreciable de la población chilena. El último censo indica que la población que se identifica con esta etnia alcanza a casi un 10% de la población total y en

⁵ Jorge Larraín, "Chilenidad ¿pérdida o cambio?" (1997).

la región de La Araucanía a más de un 25%. Durante los siglos XIX y XX, en el período de construcción del Estado nacional y en el proceso de nacionalización (que emprendió este Estado) de la sociedad chilena (fundamentalmente vía la educación), la cultura mapuche o sociedad menor recibió de la sociedad mayor un trato reiterado. Fueron levantados y ensalzados como mito pero vituperados como realidad, se prestigiaba simbólicamente la *epopeya mapuche* en desmedro del mapuche existente, al que se despreciaba como bárbaro y antiprogreso. Desde Andrés Bello, que publicaba artículos antiaraucaños en un periódico titulado paradójicamente *El Araucano*, hasta el 'Arauco Shopping Center', la estrategia —consciente o inconscientemente— ha sido la misma. No es casual que hasta el día de hoy los mapuches hablen de 'los huincas' y de 'ustedes los chilenos'. Se trata de una forma lingüística que indica en los usuarios una ausencia de identidad nacional chilena. Nunca han formado parte de la nación en los términos planteados por Benedict Andersen: como parte de una comunidad imaginada⁶. Ello explica, por lo tanto, que en Chile, a diferencia de otros países de la región, la mezcla física con indígenas no se tradujo en una mezcla o diversidad cultural. Se puede afirmar, en consecuencia, que hasta el día de hoy la cultura mapuche es prácticamente un ghetto y su presencia o proyección cultural en la sociedad mayor, vale decir su peso en la identidad nacional, es más bien débil, y esto abarca desde el plano del lenguaje hasta las formas de vida y las formas artísticas (salvo, es cierto, algunas excepciones puntuales y recientes en el plano literario). Hay quienes plantean que la escasa proyección de la cultura mapuche a nivel nacional se debería a cierta debilidad intrínseca de sus manifestaciones en comparación con otras culturas de origen étnico. Nada asegura, sin embargo, que la monotonía de la música mapuche no pueda ser considerada el día de mañana como uno de los más altos valores musicales.

Como contraste es significativo el caso de Paraguay, donde la etnia guaraní a pesar de no tener en cifras de población un gran peso (actualmente apenas el 1,5% de la población), sí tiene enorme y difundida importancia cultural en todo el país. De los 4.150.000 habitantes cerca del 50% de la población es bilingüe, y el 39% utiliza como habla habitual sólo el guaraní⁷. Hay hasta un canal de televisión con programas en guaraní. También se pueden mencionar los casos de Bolivia, Ecuador, Guatemala, México y Brasil. Piénsese, por ejemplo, en relación a Brasil, donde la cultura afro-bahiana del noreste se ha proyectado a todo el país con una fuerte carga de

⁶ Benedict Andersen, *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo* (1993).

⁷ Graziella Corvalán, *¿Qué es el bilingüismo en el Paraguay?* (1998).

identidad nacional: son los componentes étnicos y demográficos de la cultura afrobahiana los que nutren desde la samba, el bossa nova, las macumbas y los sincretismos religiosos hasta Jorge Amado y el carnaval. Brasil es claramente un país donde los particularismos culturales se proyectan con enorme fuerza en todos los estratos de la sociedad y cimientan, más allá de la práctica política o social, el imaginario cultural y la identidad nacional del país. Se trata de países que, a diferencia de Chile, tienen una cultura de la pluralidad cultural.

La inmigración tampoco ha representado en Chile un aporte significativo al espesor cultural y a la identidad nacional, sobre todo si pensamos en términos comparativos con Argentina. En Chile siempre se ha mantenido como una influencia local: los alemanes en el sur y algunas colonias extranjeras en la capital, o en Punta Arenas y en el norte, pero sin llegar a la significación que tiene para la identidad nacional la inmigración europea en los países del Río de la Plata, particularmente en Argentina, donde a partir de las primeras décadas de este siglo, como consecuencia de una inmigración masiva y no selectiva, se altera y cambia radicalmente el panorama cultural e identitario de ese país.

Puede afirmarse, en síntesis, que Chile es un país de una interculturalidad abortada o interferida, un país de un multiculturalismo mutilado, un país en que por razones históricas de nexos y hegemonías sociopolíticas las diferencias culturales no se han potenciado, en que los diversos sectores culturales y regionales que integran la nación no se han convertido en actores culturales. Desde este punto de vista, el problema no es, como se ha sostenido, una cuestión de ocultamiento o de velo, o de una puesta en escena débil de la identidad chilena; no se trata de una mera operación discursiva⁸; el problema tiene también una dimensión extradiscursiva, que apunta a una debilidad estructural en la proyección del espesor cultural de carácter étnico, demográfico y social del país.

Desafíos para la democracia

Esta situación de déficit de espesor cultural de carácter étnico o demográfico que caracteriza a nuestro país implica un desafío de proporciones en términos de identidad nacional, *vis à vis* el escenario de la llamada 'globalización'. No es lo mismo la presencia o el destino que tiene la

⁸ Sonia Montecino, "Cóncores y condoritos" (1998).

música anglo, difundida por las transnacionales de la música, no es lo mismo ese destino, decíamos, en el país del tango o de la samba y el bossa nova, que en un país en que el baile nacional es apenas una cuestión de una vez al año durante las fiestas patrias, un baile más bien carente de prestigio simbólico en un alto porcentaje de la población, y en franco retroceso ante la cumbia y el merengue. Hay por supuesto enclaves o bolsones de espesor o de hibridez cultural; sin embargo, un diagnóstico debe considerar la ausencia de expresividad cultural diversa con valor y proyección de identidad nacional como un hecho de la causa, y si queremos ser realistas es en base a un diagnóstico de esta índole que debemos plantearnos la pregunta por la posibilidad de un proyecto de identidad nacional que concite la suficiente adhesión y legitimidad en la latente diversidad cultural del país.

¿Cuáles son los principales desafíos para consolidar un proyecto de identidad nacional en el Chile actual? A partir de lo señalado y de la constatación del peso que ha tenido en la construcción histórica de la identidad nacional la dimensión de lo político y la práctica social, no cabe duda que las respuestas tendrán que encarar y enfatizar esta dimensión. Por otra parte, con respecto a los procesos culturales, cabe preguntarse si las dinámicas que informan el campo cultural son acaso susceptibles de afectarse por la vía de determinadas políticas públicas o de proyectos identitarios. ¿O es que acaso los fenómenos culturales se moldean y sedimentan sólo en el tiempo largo, como ocurre con el espesor cultural de carácter étnico o demográfico? ¿O, por el contrario, es posible incidir en la trama del tejido social y cultural? ¿Es factible, en definitiva, una suerte de ingeniería de la identidad cultural? Hay ejemplos de dinámicas identitarias generadas sin políticas expresas, dinámicas que son más bien el resultado de un determinado curso histórico, como los casos que comentábamos de Brasil y Paraguay. Pero hay también dinámicas identitarias que son el resultado de políticas públicas, como, por ejemplo, la creación de un espacio cultural europeo vinculado a las políticas de la Comunidad Económica Europea. Hay casos en que las políticas públicas en ámbitos democráticos refuerzan o abren el camino a los espesores e identidades culturales regionales y locales, como ha ocurrido en España gracias al fortalecimiento consensuado de las autonomías y gobiernos regionales.

En base a los antecedentes expuestos, todo parece indicar la necesidad de profundizar la identidad democrática del país, de trabajar en todos los planos por un espíritu cívico que permita fortalecer la democracia para luego —o paralelamente— avanzar desde la democracia política a la demo-

cracia cultural. Profundizar la democracia implica avanzar por lo menos en tres espacios: en el espacio jurídico de derechos y libertades; en el espacio de reconstitución democrática o de las instituciones y partidos políticos, y en el espacio de una ciudadanía democrática o una ciudadanía responsable y emancipada. Se trata de promover la democratización de la democracia de modo que el ámbito de lo político ayude a destrabar las interferencias y abortos del pasado. Ahora bien, el Estado por esencia es homogeneizante, la profundización de la democracia debe correr por ende, en gran medida, por cuenta de la sociedad civil y de los sectores políticos.

La interculturalidad y el multiculturalismo apuntan a la idea de permeabilidad entre culturas y sujetos diversos: para que ellos operen se requiere democracia política, cultural y comunicativa. Estamos tal vez ante la última oportunidad para abrir los cauces de una interculturalidad que ha estado en gran medida interferida, una interculturalidad que enriquecería nuestro espesor cultural en un mundo global en que ese espesor ostenta incluso una cotización en alza.

La voz de los cronopios

Cabe sin embargo, por último, para reflexionar sobre estos temas, citar a algunos autores cuyas ideas oxigenan los nacionalismos excesivos, y atemperan también la añoranza de una identidad nacional demasiado espesa (como aquella que no deja espacio para otras pertenencias identitarias: de barrio, de género, de club deportivo, de edad, de sector social, de religión, etc.).

Federico Nietzsche escribió: “No debemos hacer caso a los que se lamentan de la pérdida de costumbres locales, trajes, usos, fueros, dialectos, formas políticas, etc. Sólo a ese precio nos podemos elevar a lo supranatural, a los fines generales de la humanidad, al saber, fundamento de lo humano, a la comprensión y al goce del pasado, de lo no vernáculo; en suma, sólo así podremos dejar de ser bárbaros”.

Según Jorge Luis Borges: “Mentalmente el nazismo no es otra cosa que la exacerbación de un prejuicio que sufren todos los hombres: la certidumbre que su patria, su lengua, su religión, su sangre, son superiores a los de los otros”.

El novelista inglés E. M. Forster —autor de *A passage to India*— señaló: “Si tuviera que escoger entre traicionar a mi país y traicionar a un amigo, ojalá tenga las agallas para traicionar a mi país”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Andersen, Benédicte. *Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: F.C.E., 1993.
- Brunner, José Joaquín. *Cartografías de la modernidad*. Santiago, 1995.
- Chabod, Federico. *La idea de nación*. México: F.C.E., 1978.
- Corvalán, Graziella. *¿Qué es el bilingüismo en el Paraguay?* Asunción, Paraguay: Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos, 1998.
- Larraín, Jorge. "Chilenidad, ¿pérdida o cambio?" *Mensaje*, Santiago, Chile, septiembre, 1997.
- Márquez, Germán. *Libro internacional sudamericano*. Santiago, 1915.
- Montecino, Sonia. "Cóndores y condoritos". *El Mercurio*, 21 de octubre, 1998.
- Mouffe, Chantal. "Por una política de identidad nómada". *Debate Femenino*, 14, México, 1996. □